

El vínculo televisor-televidente

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), Vol. XXVIII, Núms. 3 y 4, pp. 113-133

Delia Crovi Druetta*

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo presentar los resultados obtenidos en cinco sesiones de grupos focales, realizadas con el propósito de conocer el vínculo que se establece entre el televisor y el televidente. Se encontró que existen diversos tipos de recepción: una dura y una blanda. A través del análisis del segundo tipo de recepción se puede llegar a enriquecer el primero, ya que cualquier método de recepción crítica que se pueda abordar (sobre todo con niños y adolescentes) será útil para la formación. La educación tiene mucho que realizar en torno a estos tipos de recepción, no sólo en la escuela, sino también en la familia.

ABSTRACT

The aim of this article is to present results from five group's sessions, organized to explore television and viewer ties. Two types of reception were found: a hard one and a soft one. With the second kind of reception it is possible to enrich the first one, because any critical reception method (overall among children and young people) will be useful for upbringing people. Education has plenty to do in relation to this reception types, not only at school, but also among family.

* La autora es maestra en Ciencias de la Comunicación, doctora en Estudios Latinoamericanos, ambos grados otorgados por la UNAM; se desempeña como profesora de carrera en la Coordinación de Ciencias Políticas y Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

INTRODUCCIÓN

Este artículo tiene como objetivo presentar los resultados obtenidos en cinco sesiones de grupos focales, realizadas con el propósito de conocer el vínculo que se establece entre televisor y televidente. Consideramos que en el análisis del proceso de comunicación televisiva, los receptores son los que no sólo han sido menos analizados, sino los que han tenido menos oportunidad de expresarse sobre sí mismos.

Concebimos al proceso de recepción como una actividad dinámica que está permeada por las situaciones sociales en que se realiza. En cuanto a la programación, consideramos que es el punto de encuentro entre emisor y receptor, y que los telespectadores establecen una dinámica particular cuando ven televisión.

Esa dinámica adquiere especial relevancia en estos momentos en que la TV se emplea cada vez más para propósitos que van más allá de sus tradicionales funciones de entretener e informar. Nos referimos concretamente al uso educativo de la televisión, que si bien en México tiene no menos de cuatro décadas, se ha vigorizado en los últimos cuatro o cinco años, debido a las necesidades que experimenta el sector y a las ventajas que ofrecen las nuevas tecnologías de información y comunicación (NTCI) para darles respuesta.

Sabemos que el proceso de digitalización ha modificado a la TV en su producción, en la emisión de señales y en su recepción. Hoy podemos enviar señales distantes sin interferencias, disponemos de un mayor volumen de información y estamos en condiciones de crear un lenguaje novedoso a través de la digitalización de imágenes. Además, en términos generales, hay una mayor producción de mensajes audiovisuales (por computadora, vídeo, cine o TV).

Este proceso ha dado como resultado que tanto en el aula, como en la educación formal e informal, sea no sólo más factible sino más necesario emplear a la TV como un recurso pedagógico. Sin embargo, a nuestro juicio, para lograr un óptimo aprovechamiento de este medio, es importante descubrir las características del vínculo que se establece con la audiencia. Conocer, en primer lugar, qué pasa en los procesos de educación informal para trasladar esa experiencia al diseño y desarrollo de programas de educación formal y no formal con el empleo de la televisión.

I. PRECISIONES METODOLÓGICAS

El trabajo con grupos focales se centra en la conversación, ya que es a partir de ella que los individuos no sólo se socializan, sino que ponen en juego mecanismos tales como los procesos identitarios, su cultura, el reconocimiento social, y desde luego la comunicación, entre otros. Así, para los grupos focales la conversación es una transferencia de información que permite conocer los puntos de vista de sus integrantes acerca de un tema.¹

En todo ser humano el diálogo tiene dos dimensiones: una interna y otra externa, o sea que se produce tanto hacia afuera como hacia adentro. Es por ello que cuando se trabaja con grupos, los participantes no sólo exteriorizan lo que piensan, sino que se les induce a pensar y elaborar su punto de vista sobre el tema que se está analizando, en nuestro caso, la televisión.

Nos pareció que la charla en la que un individuo exterioriza su opinión acerca de un tema, era el camino adecuado para analizar un aspecto tan escurridizo para otros instrumentos, como lo es el vínculo existente entre la televisión y sus receptores. A partir de los propósitos de la investigación, así cómo de un trabajo previo de entrevistas, se determinó que se trabajarían tres ejes temáticos centrales:

- a. Relación afectiva televisor-televidente,
- b. exposición al medio, y
- c. vida política y social a través de la televisión.

En estas reflexiones sólo abordaremos los dos primeros.

La muestra de participantes en los grupos focales se determinó por nivel de ingreso: "C" Medio, además se cruzó el ingreso con las variables sexo y edad. La experiencia demuestra que con este tipo de instrumento se obtiene poca credibilidad cuando se trabaja con grupos mixtos debido a que se pierde la espontaneidad, por ello las sesiones se organizaron por sexo: tres de sexo femenino y dos masculino. La decisión de conformar un grupo más de mujeres, se basó

¹ Para ampliar el tema de los Grupos de Discusión y su sustento teórico-metodológico, ver Jesús Ibáñez, *Nuevos avances en la investigación social*, Barcelona, Anthropos, 1990.

en las entrevistas previas y en el conocimiento empírico que indica que ellas son las que permanecen más tiempo en la casa, y por lo tanto suelen ser quienes determinan los programas que ven no sólo ellas, sino también sus hijos.

En cuanto a las edades, los grupos de mujeres estuvieron conformados así: uno de amas de casa de 25 y 35 años de edad, con hijos de entre cinco y 12 años; otro de amas de casa y mujeres que trabajan, edad entre 35 y 45 años, hijos de 13 a 20 años y uno más de mujeres que trabajan, solteras entre los 18 y 25 años. Los dos grupos masculinos fueron, uno de jóvenes solteros que trabajan, cuya edad está entre los 18 y los 25 años y otro de hombres casados con edades entre los 35 y 45 años, con hijos de 13 a 20 años.

Como se puede observar, se buscó que los grupos abarcaran un segmento bien definido de la población, a fin de evitar la dispersión de los resultados. Además, en su conformación la pertenencia familiar fue fundamental, ya que determina a las demás variables: hombres y mujeres casados con hijos, jóvenes que viven con sus padres. Esta conformación fue la que nos permitió indagar sobre las condiciones de recepción al interior de la familia.

II. LOS RECEPTORES OPINAN SOBRE SÍ MISMOS

Con el propósito de contar con una idea preliminar sobre las características de las personas que participarán en las sesiones grupales, antes de ingresar a las mismas se les solicitó contestar un pequeño cuestionario. Las respuestas constituyen un indicativo de ciertos rasgos que orientan al conductor de las sesiones para adentrarse en algunos tópicos durante su desarrollo, además de complementar la información que se recaba en todo el proceso.

De estos cuestionarios se desprenden datos interesantes que vale la pena mencionar: en todos los casos manifestaron que el tiempo de exposición diaria va de cuatro a cuatro horas con 30 minutos, salvo las mujeres entre 35 y 45 años, que dieron un promedio diario de siete horas con 50 minutos. Aquí hay que considerar que en el desarrollo posterior de la sesión de este grupo, aparece con toda claridad la diferencia que existe entre el tiempo que se ve televisión y

el que está encendido el aparato. Dicho de otro modo, el hecho de que el televisor está encendido durante 12 horas por día, como expresaron algunos de los participantes, no implica que se lo esté observando durante todo ese tiempo. Como veremos más adelante, una de las funciones que cumple el televisor es de compañía, momentos en los que pasa a ser algo así como una escenografía con la que se busca ahuyentar la soledad.

Las mujeres, según este cuestionario, prefirieron programas de concurso o aquellos que tratan problemáticas femeninas, mientras que los hombres jóvenes prefirieron “Los Simpson”, programa de caricaturas que ha sido definido como para adultos. Por su parte, los hombres de más edad se refirieron a programas diferentes, lo que estaría mostrando mayor independencia al escoger sus programas de TV. También mencionan su interés por la información general, contenido que no aparece en el interés de las mujeres.

En cuanto a los géneros más aceptados figuraron los concursos y la ficción entre las mujeres; deportes y series para los hombres. Cabe hacer notar que las mujeres no mencionaron a las telenovelas como uno de sus géneros preferidos.

Finalmente, acerca de los canales que ven los participantes no se encontró una tendencia clara. Por el contrario, los receptores parecen no diferenciar sus preferencias por canales, sino por programas. Cabe destacar que el único canal que parece como “un deber ser de la televisión”, fue el once, al que destacaron por sus contenidos culturales, aunque de las pláticas posteriores no se desprende que lo vean más que a los otros.

III. LA TV, ¿UNA ADORABLE INTRUSA?

El eje que buscó explorar la relación afectiva entre televisor-televidente se trabajó a partir de un ejercicio de dramatización que permitía a los participantes expresar su relación con el televisor, dándole atributos humanos, es decir, comparándolo o identificándolo con una persona.

“Una compañera”, “una ventana al mundo”, “una amiga”, “un confidente”, “un maestro”, “un asesor”, “un perro”, “alguien con varias

personalidades”, “un vendedor”, “una persona que puedes manejar a tu antojo”, son las expresiones que aparecen en el transcurso de este ejercicio.²

La respuesta de una de las mujeres participantes resume en buena medida el sentir respecto de la televisión: “Mi relación es muy estrecha, porque siento que es una compañera, no sólo mía sino de mis hijos, de mi familia, nos reúne y nos hace compartir cosas. Pero es un arma de dos filos, yo siento, porque llega un momento en que cállate, no hables, porque no me dejas oír y el niño quiere platicar algo o el marido fíjate que me pasó esto en la oficina. Y espérate, en el anuncio me dices. Pasa el anuncio y te paras al baño, vas por el sandwich o vas a ponerte la pijama y el caso es que se interrumpe la conversación”.

De estas expresiones y de los comentarios que las acompañaron se desprende que el televisor posee varios atributos que podemos resumir en:

1. Todas las personas, salvo una, aceptaron darle atributos humanos al televisor y pudieron compararlo con una persona rápidamente, lo que habla del vínculo tan estrecho entre receptor y TV. Esta cercanía ubica a la televisión como alguien íntimo, de la familia o que pertenece al círculo más estrecho de las relaciones humanas.
2. La relación con el televisor da una sensación de libertad en el receptor, ya que es él quien decide cuándo, cómo y qué va a ver. Inclusive aparece una sensación de dominio: es el telespectador quien domina a la televisión y no la inversa. Pensar en la televisión como un perro alude claramente a esa sumisión.
Sin embargo, durante el desarrollo de las sesiones aparecen contradicciones porque en otros momentos el receptor pasa de dominador a dominado. Así, podríamos afirmar que en la conciencia del receptor la relación de dominación entre telespectador-televisor es ambigua y puede ser recípro-

² Todas las citas que se incluyen en este trabajo fueron tomadas de las transcripciones de las cintas magnetofónicas grabadas en el transcurso de las sesiones grupales y corresponden fielmente a lo expresado por los participantes.

ca e intercambiable: por momentos él es el amo y por momentos el que somete es el televisor. No obstante, cuando el receptor es quien manda su poder se limita a permitirle escoger lo que se verá. La opción no es apagar el televisor, hacer algo por cambiar la programación, cuestionar a sus dueños, sino simplemente elegir entre lo que le ofrece aquello que le gusta ver aún a riesgo de frustrarse porque lo que hay no le convence.

Por otra parte, aún cuando el aumento de la oferta de canales a través de los sistemas de paga constituye sólo una fantasía, ya que se elige entre más pero más de lo mismo, la sensación de libertad persiste y se amplía. En este sentido, los canales que cuentan con emisiones de 24 horas al día contribuyen a reforzar esa sensación de libertad al permitir ver la televisión en horarios más amplios.

En suma, la relación televidente-televisor es contradictoria. Aún cuando el telespectador sabe que está sometido a la TV, percibe también que ella es capaz de darle sensación de libertad, debido a que le permite escoger dentro de una oferta más o menos amplia de programas.

3. No hay cuestionamiento frontal hacia la televisión, ya que como parte del ejercicio de dramatización, se solicitó que se dijera algo al televisor y la respuesta en la mayor parte de los casos fué "gracias". Sólo dos personas le hacen reclamos: uno de los jóvenes solteros, que habla del televisor como un vendedor sin escrúpulos, y una mujer casada con hijos, que hace referencia a las posibilidades desaprovechadas de este medio que bien podría emplearse en educación y en la transmisión de valores positivos.

Esta falta de cuestionamiento refuerza la interpretación de sumisión que hacíamos en el punto anterior. La TV permite, según manifiesta la mayoría, evadirse, no pensar, distraerse, aislarse. Incluso, cuando más adelante hablan de los contenidos de la televisión, se detecta resignación, un sentir de que este medio no es como lo quisieran pero no saben por dónde pueden lograr un cambio. La opción de apagar el televisor está completamente ausente.

Es interesante destacar que la propia metodología invita a la reflexión por lo que, en la medida en que se opina acerca de la función de la televisión, aumentan los cuestionamientos, la autocrítica a su sumisión y la conciencia de ese doble juego de dominación que existe entre televisor y receptor.

4. Finalmente, la televisión aparece en los grupos como alguien que es amigable, cercano, que nos escucha y en quien podemos confiar. No sólo posee atributos humanos es también alguien que sabe mucho de muchas cosas por eso puede enseñar, asesorar o transportarnos a otros lugares del mundo. Alguien que posee varias personalidades, lo que nos permite escoger entre diferentes contenidos, momentos y sentimientos que se canalizan a través de la televisión. Una relación que ellos perciben como incondicional, en la que el receptor tiene el poder de decidir.

Incondicionalidad y por lo tanto egoísmo, individualismo, son los rasgos distintivos de esta relación que se imagina unilateral: una amiga que me escucha pero a la que yo no tengo que escuchar; un informador al cual yo no tengo que informar; un maestro que me enseña pero no me da tarea; un esquizofrénico que me permite escoger y recortar aquello que me es útil dentro de sus diversas personalidades; un perro, del cual irresponsablemente puedo deshacerme en cualquier momento. Sólo es cuestión de invertir algo de dinero (en un aparato receptor, en energía eléctrica, en memberships) y bastante tiempo (nada menos que 17% del total de su día o el 25% de su jornada si quitamos las horas dedicadas al sueño) y el televisor lo da todo.

La relación entre televisor-televidente es especial, porque existe un callado reconocimiento sobre lo que tiene de negativo ese medio, sin embargo, las gratificaciones son más y están demasiado cerca para poder resistirse a ellas. Adorable intruso es la idea que más se acerca una definición de esta compleja relación: se sabe que quita el tiempo, que está en medio, que es un intruso[...] pero es un intruso adorable, capaz de acompañar, de aconsejar, de canalizar sueños e ilusiones.

Fuente de libertad, íntima, incondicional e incuestionable son, en resumen, los atributos dados a la televisión en la voz de sus receptores.

IV. ¿VEMOS CADA VEZ MÁS TV?

La exposición al medio fue analizada a través de los siguientes interrogantes: ¿vemos cada vez más televisión?, ¿cómo, cuándo, dónde y con quién vemos televisión?, ¿qué nos gusta ver en la televisión?

El primer tema de conversación en torno a la exposición al medio fue para indagar si ellos creían que actualmente se ve más televisión que antes. Las respuestas indican que en general, los participantes piensan que en la actualidad se ve más televisión debido a que hay más disponibilidad de horarios. Recordemos que hasta poco las transmisiones no abarcaban las 24 horas del día como sucede en la actualidad.

Sobre este tema los más jóvenes de ambos sexos dieron una interpretación diferente: ven menos televisión que en sus años recientes de niñez ya que ahora deben ocupar su tiempo en otras actividades. Ellos nacieron en los comienzos de los setentas, se educaron y vivieron con la televisión de 24 horas por día o por lo menos de 18 a 20 horas de emisión por jornada. Ahora, a los casi 20 años, las responsabilidades de trabajo y estudio les obligan a destinar a otra cosa el tiempo que antes dedicaban a la tele. Sin embargo, de diversos modos manifestaron su condicionamiento al medio: los que podían hacerlo, veían televisión en su trabajo; quienes tienen un receptor en su cuarto lo prenden apenas llegan a su casa aún cuando no lo vean e inclusive, se duermen con el televisor encendido.

Esto nos da una perspectiva histórica: los adultos ven más televisión ahora porque en sus tiempos de niñez y juventud (estamos hablando de generaciones nacidas en los cincuentas y sesentas) había menos disponibilidad de horarios, por tratarse de los años de surgimiento y expansión de la televisión. Además, la tecnología no permitía entonces las facilidades en las emisiones y recepción que hoy tenemos, los aparatos eran relativamente más caros y por lo general había sólo uno por hogar.

Pero, ¿y los niños de fines del milenio? Aunque no analizamos receptores infantiles, todo parece indicar que son los niños los que invierten más tiempo mirando televisión y en la medida en que crecen sus obligaciones, deben robarle tiempo a la televisión para entregárselo a otras actividades.

Una mayor disponibilidad de horarios en las emisiones parece aumentar el número de horas recibidas, lo cual estaría reforzando esa idea de entrega sumisa de la que hablábamos: no importa qué nos ofrezca, mientras haya algo que ver en la tele, lo vemos. Una idea cabal de esa entrega sumisa la dio uno de los jóvenes cuando dijo: "ves lo que caiga". Así, vemos que el tiempo libre de seres humanos de diferentes edades se entrega a la televisión por esa incondicionalidad unida a la sensación de libertad que el medio les ofrece.

Esto, sin embargo, no puede ser gratuito. La televisión está cargada de sentido y significación, es productora de cultura y construye discursos sobre la realidad, por lo tanto, el entregarse sumisamente a su discurso no puede ser un hecho sin consecuencias para la vida del ser humano. Se habla de atención dispersa en los niños, de una creciente falta de participación y compromiso en jóvenes y adultos, de conformismo, de que cada vez se lee menos, entre otros muchos factores que dan un deprimente panorama de apatía social. La relación de estos comportamientos con la televisión es otro de los muchos temas que aún deben investigarse con el propósito de detectar si efectivamente existen correlaciones.

V. ¿CÓMO, CUÁNDO, DÓNDE VEMOS TELEVISIÓN?

A pesar de que cada vez se realizan más estudios sobre recepción televisiva, hay que reconocer que aún son muchas las preguntas por responder acerca de este segmento del proceso de comunicación. Estas preguntas van desde la ubicación que posee la televisión como aparato electrodoméstico en el hogar, hasta la situación de recepción que involucra aspectos tales como si se prefiere ver televisión solo o acompañado, en qué momentos del día, con quién y en qué estado de ánimo. La segunda parte de nuestro trabajo cualitativo sobre exposición al medio se centró en estos aspectos que

consideramos centrales para desentrañar los variados matices que posee la recepción televisiva.

En primer lugar y debido a que trabajamos con población de sector económico medio, obtuvimos un resultado incuestionable: todos los hogares de los participantes poseen varios aparatos receptores. En general se habló de no menos de tres: uno en la recámara de los padres, otro en la sala o en un cuarto para ver la televisión si lo había y por lo menos uno más cuya ubicación podía variar desde la cocina al cuarto de los hijos. Los jóvenes en general manifestaron contar con una televisión en sus recámaras y en las mujeres casadas aparece con frecuencia una televisión chiquita, que en algunos casos es en blanco y negro, ubicada en la cocina.

Esto configura una situación espacial interesante: la televisión está en todos lados. Algunas de las amas de casa manifestaron que, mientras van haciendo sus quehaceres domésticos, van prendiendo los televisores que hay en la casa, de suerte que las acompaña en sus tareas cotidianas.

Aún cuando todos manifestaron esta abundancia de aparatos receptores, también fue muy clara otra tendencia: la televisión que más atrae y junto a la cual se congrega toda la familia (aún cuando haya sala de TV) es la que se ubica en el cuarto de los padres. Los adultos se quejaron de este hábito que rompe con su intimidad, pero con quejas tras las cuales se adivina aceptación y hasta complacencia. Los jóvenes, sobre todo las mujeres, manifestaron abiertamente que les resultaba más agradable ver tele en el cuarto de sus papás.

Esta preferencia por la televisión de la recámara principal de la casa permite, a nuestro juicio, dos interpretaciones. La primera es muy sencilla: por lo general el mejor televisor de la casa está ubicado en el cuarto de los padres (algunos participantes así lo manifestaron) y esto justifica que los hijos quieran ver televisión allí por tener más tamaño, mejores colores o sencillamente porque es más nuevo. La segunda se refiere a que la recámara principal es el lugar personal e íntimo de los padres donde seguramente los hijos depositan fantasías de carácter sexual y también afectivas. Ver televisión allí es invadir ese espacio de privacidad, haciéndolo propio. Por ello, cuando la recepción la realiza la familia unida, en conjunto, a la apro-

piación de la privacidad de ese espacio se suma un tiempo de intimidad compartido.

Cabe destacar que en el caso de las mujeres, amas de casa, que pasan la mayor parte de su tiempo en el hogar, a lo largo del día cambian los lugares físicos y el modo de recepción: en la mañana oyen televisión en toda la casa pero en especial, en la cocina; en la tarde la ven en la sala, cuarto de TV o comedor acompañadas por sus hijos; mientras que en la noche la disfrutaban en soledad, en su cuarto, cuando los hijos ya están dormidos. Fueron muy pocas las que mencionaron ver televisión con sus esposos, por el contrario, algunas manifestaron de manera indirecta que el televisor se interponía entre ambos, sobre todo en fines de semanas con las programaciones deportivas.

Como podemos ver con toda claridad, hoy en día el televisor es centro de atención y reunión para la familia, en especial, en sus momentos de ocio o de estar juntos. En torno a él se realizan otras actividades o se platica sobre algo que todos tienen en común: lo que ven en televisión.

Para las mujeres casadas y con hijos el televisor tiene una triple función: ser el vínculo de unión familiar, espacio de privacidad y compañía. Estas funciones están íntimamente ligadas con los contenidos, con el momento de ver televisión y también con quién se la ve.

Es unión dentro del hogar, cuando los programas se ven en familia, lo cual implica que la recepción no es solitaria y además, hay una directa combinación con el contenido. Ejemplo de ello son los programas de variedades: concursos, humor, musicales ligeros, entre otros, durante los cuales se comparten alimentos, comentarios, opiniones, etc. Son emisiones que no requieren de una atención solemne como lo exige un argumento, ni el silencio sepulcral que piden las noticias o los comentarios si es que se quieren entender.

En esos casos el televisor reemplaza situaciones aglutinantes que se daban en el pasado: antes las mujeres que se dedicaban sólo a las labores del hogar se reunían a bordar, a cocinar, a coser, a trabajar en alguna labor de la casa o de la economía familiar y era en esos momentos cuando se aprovechaba para tratar temas y problemas reservados para tales situaciones. Hoy algo parecido ocurre con el

televisor: es el momento para aconsejar, platicar sobre personas o situaciones cercanas o lejanas. Algunas mujeres manifestaron incluso, que a partir de los comentarios que los programas de televisión suscitan en sus hijos ellas pueden descubrir qué piensan acerca de determinados asuntos.

En el mundo de la mujer dedicada al trabajo de la casa, la era electrónica ha cambiado los bastidores, agujas, hilos, conservas y dulces domésticos, así como las visitas entre amigos, vecinos o familiares, por los medios de comunicación. Hoy en día los temas que propone la televisión pueden facilitar los circunloquios domésticos de otros tiempos sobre aquellos temas que debían tratarse porque así lo exigía la vida familiar. Sin embargo, al mismo tiempo la TV se convierte en un instrumento que de mil maneras evita el diálogo y el ejercicio abierto de la comunicación.

¿Virtud, defecto, o simplemente la forma actual de reunirse en familia y platicar? Las respuestas pueden variar según las circunstancias, no obstante, la falta de diálogo y comunicación a nivel doméstico puede llegar a convertirse en un ejercicio social, pasando a otros ámbitos y haciendo de la incomunicación una práctica corriente. Dicho de otro modo, al interior del hogar puede facilitar el tratamiento de algunos temas que los padres no saben cómo abordar o descubrir sentimientos y puntos de vista de los demás, pero estos beneficios son escasos frente a la necesidad de hacer de la comunicación un ejercicio permanente que asegure la participación en todas la esferas de la vida social.

La televisión se transforma en un espacio de privacidad en cuanto la mujer escoge el programa que quiere ver, la mayor parte de las veces a solas, y que posee sin duda alguna fibra sentimental que la toca muy de cerca. En general, cuando la televisión se ve en familia puede variar el lugar de recepción: la recámara de los padres, el cuarto de televisión, la sala o el comedor. Sin embargo, cuando las mujeres disfrutan de la TV como espacio de privacidad, manifestaron verla en su recámara, algunas acostadas en su cama o sentadas en su sillón predilecto. Esto instantes los acompañan con algo que le gusta: tomarse un café, un té, taparse con una cobija liviana, quitarse los zapatos, o sea, ponerse cómoda, instalarse a su gusto para disfrutar de ese espacio de privacidad.

Entonces yo me pongo de mi lado en la cama, con un café normalmente, y no cigarro porque en mi cuarto no fumo, y me dedico a ver la televisión, y en ese momento sí me abstraigo en la televisión y la veo únicamente [...]”, dijo una de las participantes y otra más agregó: “Son momentos muy míos, ya como que dices: es mi hora, es mi momento [...] O en mi caso, que ya aterrizo, me siento que es mi momento de relajarme, de consentirme.

Pero hay un tercer modo de recibir la televisión para las mujeres amas de casa, definido por una de ellas como “un ojo al gato y el otro al garabato”. O sea, la televisión como compañía durante las horas que la mujer suele estar sola en su hogar, realizando las labores domésticas.

Resultó sorprendente descubrir que hay quienes tienen hasta siete aparatos de televisión en la casa, los cuales “van acompañando” a la mujer mientras hace su trabajo doméstico. “Si voy a la sala prendo la tele de la sala [...] si estoy guisando veo la chiquita de la cocina [...]”, expresó una de ellas. Esto sugiere una falta total de tolerancia al silencio y a la soledad de la casa cuando todo el mundo salió y sólo queda el ama de casa, ya que el televisor en este caso oficia de compañía.

Suponemos que la compañía del televisor durante esas horas, permite también hacer menos rutinario el trabajo de la casa, de por sí repetitivo y poco gratificante. Así, la mujer automatiza su quehacer doméstico mientras recibe –aunque tan sólo sea a través del sentido del oído– los mensajes de la televisión.

Es curioso que varias de ellas enfatizaron que a estas horas, las de la mañana sobre todo, no ven televisión sino que la oyen. Fue también notable que las amas de casa se refirieran a uno de los conductores de revistas televisivas de la mañana por su nombre de pila, omitiendo el apellido como si se tratara de alguien cercano y conocido. Pensamos que ese conductor representa no sólo las fantasías que muchas pueden tener respecto a algún otro tipo de relación (sentimental, sexual, de trascendencia social, etc.), sino también su compañía durante las solitarias horas del rutinario quehacer doméstico. Ninguna, sin embargo, hizo referencia a la mujer que comparte la conducción con el hombre en el mismo progra-

ma, lo cual indica que las fantasías se producen con el personaje masculino.

La función de compañía no aparece en los hombres casados, como tampoco de manera manifiesta en los más jóvenes de ambos sexos. En estos grupos la televisión representa un permanente instrumento de evasión, aún cuando tal evasión por momentos pueda ser búsqueda de compañía, sobre todo en los jóvenes cuando no tienen un programa mejor para su tiempo libre.

Si quisiéramos definir brevemente el vínculo entre los jóvenes y la televisión nada mejor que usar los términos enchufarse o desenchufarse, cual si pudieran conectarse o desconectarse eléctricamente. Recordemos que trabajamos con jóvenes que trabajan. Ellos, en su mayoría, manifestaron que cuando llegan a la casa “prenden la tele”. En estos grupos es donde aparece menos discriminación respecto de lo que desean o gustan ver. Ellos ven sencillamente “lo que haya”, o “lo que caiga” como manifestó uno de ellos.

Esto sin duda implica, a nuestro juicio, que los jóvenes poseen un hábito muy internalizado de prender la tele en cuanto se está frente a ella, sin discriminar lo que se quiere ver, algo así como llenarse de imágenes y sonidos cumpliendo con una necesidad básica más como alimentarse o descansar. Sin embargo, hay que decir que esta entrega se produce sobre todo entre semana y cuando no hay otro programa mejor en los fines de semana, porque ellos mismos manifestaron que no dejan de hacer otras cosas sólo por ver la tele.

Para estos jóvenes la televisión es entretenimiento, es matar el tiempo libre y aunque todavía se producen a nivel familiar momentos de recepción conjunta, en general ven televisión solos debido a que se molestan mucho con el *zapping*, es decir, el constante cambio de canales y programas a través del control remoto.

El control remoto merece un párrafo especial: siempre que se hace alusión al *zapping*, aparece la idea de disputa del poder, de alguien que se interpone entre el receptor y el televisor imponiendo su criterio. En los diferentes grupos se acusó a los ausentes de hacer *zapping*: hermanos, maridos o esposas, pero nadie reconoció practicarlo. Además, tal parecería que quien controla qué puede verse en la televisión es quien tiene el poder de decisión en la casa, al menos res-

pecto de este medio de comunicación, pero que es un poder que puede extenderse a otras esferas de la vida familiar. Dicho de otro modo, el control remoto simboliza el control de otras muchas cosas de la vida cotidiana de un hogar.

Los hombres casados manifiestan tener dos tipos o momentos de recepción: el familiar con sus variantes y el de privacidad. Sin embargo, estos espacios se presentan de manera diferente a los de las mujeres.

El familiar en general se da para aquellos que llegan temprano a la casa y se ponen con sus hijos a ver caricaturas, programas de humor o concursos, en tanto la mujer prepara la cena o se ocupa en alguna otra actividad doméstica. Mientras padres e hijos permanecen frente al televisor, es la mujer quien se mueve trayendo cosas, preparando alimentos o bebidas.

En cuanto al momento de recepción personal, el espacio de privacidad, debemos destacar que se realiza en medio de la multitud. En efecto, los hombres poseen sus espacios de privacidad frente a la tele, pero cuando lo hacen no esperan a estar solos ni a crear una situación de recepción demasiado personalizada. Sencillamente, se deciden a ver los programas deportivos, sobre todo en los fines de semana, y lo hacen a la vista de todos. Se trata de un espacio ganado a lo largo de la agotadora semana de trabajo que nadie puede discutir y menos aún cuestionar. Así, mientras la mujer parece robarse esos instantes de privacidad, el hombre tiene derecho pleno a ellos, aún a despecho de las mujeres que se sienten desplazadas por el televisor.

Uno de los temas de nuestro interés durante el desarrollo de los grupos, fue indagar si el contenido de los programas podía llegar a cambiar el estado de ánimo de los receptores. Aunque no podamos marcar una tendencia clara en las respuestas a estos interrogantes, se desprende que en ocasiones esto ocurre, sobre todo, cuando se trata de telenovelas o noticias. Las primeras, porque se miran para vivir fuertes emociones, proyecciones e identificaciones, según sea el caso (algunas mujeres afirmaron que las ven por "sufridoras"); mientras que las noticias se evaden. En efecto, se prefiere sufrir con las telenovelas porque existe el reconocimiento implícito de que se está frente a un género de ficción, mientras se eluden las noticias

que podrían ser igual o más sufridoras, pero provienen de una realidad de la cual el espectador no se quiere hacer cargo. Estas opiniones estuvieron presente en todos los grupos, salvo el de los hombres adultos que ven noticias y las comentan, aún cuando ello no implique de hecho, participación política y social directa.

Casi todos, al definir las emociones provocadas por la televisión que ellos buscan encontrar, se refirieron a la evasión: no pensar, relajarse, pasar a otra cosa. En este sentido podemos ver a la televisión como una especie de signo de puntuación que me permite entrar a otros mundos, dejando el propio, el cotidiano, el que abrumba y debe enfrentarse. Según sea el caso, este signo de puntuación ser una coma, punto y seguido o el máspreciado: un punto y aparte, sin descartar los paréntesis, las comillas y también, el punto final de cada día. Así, la televisión a lo largo del día tiene una importante función gramatical que permite unir, separar, dejar pendiente, terminar.

VI. DOS PREOCUPACIONES RECURRENTES

Cuanto se indagó sobre lo que preferían ver en TV, los participantes de los grupos de adultos, mujeres y hombres, manifestaron dos constantes: una nostalgia por la televisión del pasado y un temor manifiesto a que sus hijos se vean perjudicados por los valores que transmite la TV.

En aquello de todo tiempo pasado fue mejor reaparecieron viejas series (Bonanza, por ejemplo) a las que recordaban como programas positivos con mensajes valiosos para los receptores. Cabe señalar que tanto mujeres como hombres expresaron que se había perdido la creatividad y que en la actualidad se repetían programas viejos o se volvían a hacer los mismos porque ya no hay talento para producir los éxitos de antaño.

En cuanto a la mala influencia de la televisión sobre sus hijos, hay que destacar que los adultos se sienten a salvo de los perjuicios que pudiera ocasionarles la televisión, por ello, centran su preocupación en los niños y adolescentes que aún no pueden discernir entre el bien y el mal, según la óptica de sus padres. Esta preocupa-

ción, sin embargo, no llega a la esfera de lo político y social, sino que se recluye en el real de la moral. Dicho de otro modo, preocupan los malos ejemplos que pueden llevar a costumbres reprobables (muchos novios para las jóvenes, que los niños vean besos apasionados en la pantalla, los valores religiosos, las malas palabras, la rebeldía juvenil y en menor medida la droga o el sida); pero queda totalmente soslayado el problema de la defensa de los derechos ciudadanos, los derechos humanos, la libertad, la participación social, entre otros temas.

Al creerse a salvo de la influencia televisiva, los adultos tampoco perciben que su vida pudiera estar seriamente deteriorada por los mensajes que recibe, en cambio, creen que manejan muy bien los efectos de la TV en la medida en que ya tienen hábitos y una moral sólida que no se deja corromper por simples mensajes audiovisuales.

Un interés especial pudo apreciarse por controlar la violencia, los padres de ambos sexos, y también los jóvenes en su momento, condenaron la excesiva violencia de la TV a todas horas y en todo tipo de programas. Propusieron limitarla y reemplazarla por producciones como algunas pocas que no recurren a la violencia para tener éxito, o sea, programas blancos. Como producto de este rechazo y siempre con el afán de cuidar a sus hijos, los adultos pidieron que se controle mejor los horarios de protección a los menores.

Quizá para evitar la violencia y ejemplos poco edificantes para la cultura en la que viven, es que los Concursos aparecen como programas muy vistos, ya que aparentemente no entran en contradicciones con las normas morales más evidentes. Aún así, en uno de los grupos femeninos se habló de la falta de respeto con que se trata a los participantes en dichos concursos, donde se los satiriza y ridiculiza.

Cabe agregar que se buscó indagar sobre la calidad de las noticias, a lo que respondieron con una gran resignación por ser algo sobre lo cual el receptor nada puede hacer. Asimismo, al concluir cada sesión se preguntó a los participantes sobre los cambios que ellos propondrían para mejorar la TV que hoy tenemos. Las respuestas fueron pobres y erráticas, casi siempre referidos al control de horarios para proteger a los niños. Todos los grupos, sin embargo, manifestaron querer más emisoras culturales, así como programas más blancos para la familia.

Estas actitudes nos llevan a afirmar que la televisión constituye un caso particular de opresor internalizado, (siguiendo el concepto de Paulo Freire), ya que su sojuzgamiento lejos de ser ejercido por medio de la violencia, la represión o la censura, establece una dulce opresión, agradable, gratificante y además, hace compañía esparciendo la soledad. La opresión de la TV fue sembrada en el largo plazo a través de una educación sistemática para la obediencia y ha dado como resultado parálisis frente a la acción y la participación social.

VII. REFLEXIONES FINALES

De lo anterior se desprenden conclusiones interesantes acerca de cómo, cuándo, dónde y con quién se prefiere ver televisión. La primera, es que debemos aceptar que existen varios modos de ver televisión, los cuales varían según edades, sexos y situación de recepción, así como en las horas del día y los días de la semana.

A nuestro juicio, estos diferentes tipos de recepción pueden agruparse en dos grandes bloques: una recepción dura y otra blanda. Esto, además de estar íntimamente ligado a los factores que enumeramos en el párrafo anterior, se vincula estrechamente con los contenidos y su estructura, así como con la riqueza de la imagen.

Cuando la recepción es dura se produce una ruptura en la comunicación familiar porque es rigurosa, exige silencio, soslaya actividades paralelas como comer, beber, platicar. De este tipo de recepción es tal vez sobre la que más se ha hablado, criticando siempre al medio como un intruso en la vida familiar que todo lo corrompe, en especial, el diálogo. A pesar del enorme bagaje de trabajos sobre la televisión que se han realizado a partir de esta postura crítica, este medio ha seguido creciendo y ha ido logrando una mayor penetración en la sociedad. Es por ello que ahora estamos obligados a reconocer que en la recepción existen, junto con la ruptura de la comunicación, otras características.

Hablamos de una recepción blanda cuando la televisión constituye un lazo de unión familiar: todo transcurre a su alrededor (pláticas, comentarios, opiniones, comidas, bebidas y momentos de intimidad familiar). Este tipo de recepción puede interrumpirse y de

algún modo esas interrupciones forman parte del proceso comunicativo, porque son las que retroalimentan el discurso televisivo aceptándolo o rechazándolo. Es también una recepción que no exige solemnidades, por lo cual el silencio puede ser roto.

A nuestro juicio, a través del análisis de este segundo tipo de recepción se puede llegar a enriquecer el primero, ya que cualquier método de recepción crítica que podamos abordar (sobre todo en niños y adolescentes) puede partir de esta recepción blanda para ir adentrándose en la dura, donde posiblemente dominan lecturas más complejas de los mensajes televisivos. La educación tiene mucho aún que realizar en torno a estos tipos de recepción, a fin de sacarles el mejor provecho.

Si alguna característica destaca en el vínculo televisor-televidente es la ambivalencia, la ambigüedad que despierta el medio en sus receptores. Es tanto lo que la televisión ofrece que resulta difícil cuestionarla, cambiarla, reprobarla y más difícil aún prescindir de ella. Por ello el telespectador termina siendo un cómplice silencioso de sus excesos, falta de tino y de buen gusto.

Un último párrafo para reivindicar el placer, el placer de ver TV, tantas veces negado y estigmatizado. No hay posibilidades de emplear adecuadamente la TV en procesos educativos, como tampoco la hay de formar espectadores críticos, si no estamos primero dispuestos a aceptar que la televisión, tantas veces criticada, es una fuente importante de placer y gratificación, a partir de la cual pueden lograrse objetivos mucho más ricos que el simple entretenimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANCESCHI, Baudrillard, Becheloni, *et. al.* *Videoculturas de fin de siglo*, Madrid, Cátedra, 1990.

CROVI Druetta, Delia. *Televisión y neoliberalismo. Su articulación en el caso mexicano*, Tesis de doctorado, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1995.

_____. *Ser joven a fin de siglo. Influencia de la Televisión en las opiniones políticas de los jóvenes*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1995.

FERRY, Jean Marc. Dominique Wolton, *et. al. El nuevo espacio público*, Barcelona, Gedisa, 1992.

FREIRE, Paulo. *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI, 1978.

LANDI, Oscar. *Devórame otra vez*, Buenos Aires, Planeta, 1989.

WOLTON, Dominique. *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión*, Barcelona, Gedisa, 1992.

